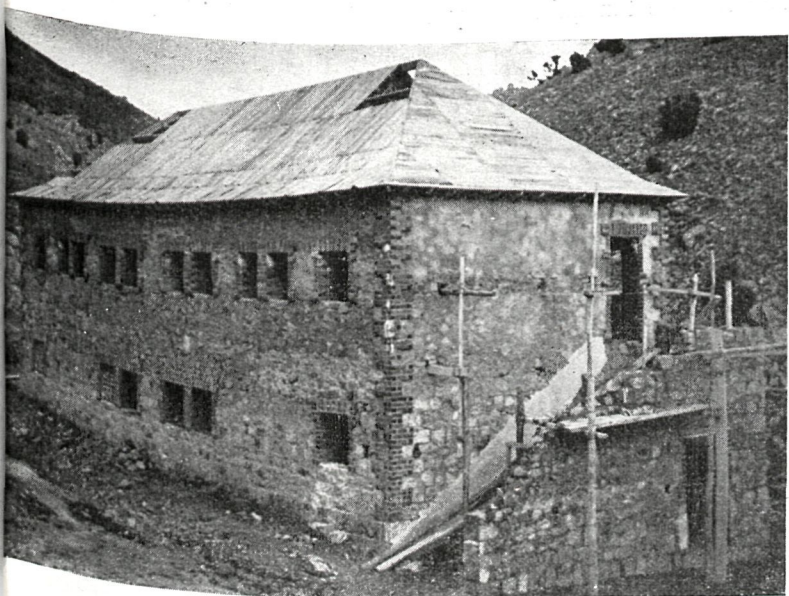


**Las obras de la Piscifactoría de Santa María de la Alameda están casi totalmente terminadas**

**La Diputación Provincial tiene el proyecto de crear, en Arganda del Rey, un Laboratorio Ictiogénico, destinado al cultivo del lucio y la carpa**



**L**A labor que viene realizando la Diputación Provincial de Madrid —tarea ardua, abnegada, callada, en tantos y en tan diversos aspectos: cultural, sanitario, de obras públicas, de beneficencia, etc., etcétera— es digna del mayor elogio y de la mayor alabanza. La Diputación Provincial ha resuelto muchos y muy diversos problemas que afectaban a la provincia de la capital de España. Casi nos atreveríamos a decir que le ha dado un nuevo aspecto: un aspecto moderno de las exigencias del tiempo y de la época.

Un tema que ha abordado, con el éxito que siempre le acompaña en sus empresas, es el de la rege-

neración piscícola de los ríos de la provincia. Antes de nuestra Guerra de Liberación sostuvo la Diputación una pequeña Guardería Piscícola, formada por un Sobreguarda y cuatro Guardas, Guardería que fué suprimida con posterioridad debido a precisar los servicios de esos funcionarios en trabajos forestales. Recientemente se ha vuelto a crear la expresada Guardería de otra más numerosa, base de la recuperación piscícola de los ríos de la provincia de Madrid, en cuanto a su vigilancia.

Durante el año 1956 se llegó a un acuerdo con la Jefatura Nacional de Caza y Pesca Fluvial para colaborar con ella en la regeneración piscícola de los ríos de la cuenca del Arberche y del Guadarrama. Teniendo en cuenta este acuerdo, la Diputación ha iniciado —están ya casi concluidas sus obras— la construcción de un Laboratorio Ictiogénico para truchas en las márgenes del río Hornillos, en el término de Santa María de la Alameda, y tiene en preparación otro para ciprínidos, en Arganda del Rey.

Conviene decir que el río Lozoya es de gran riqueza piscícola y algunos de sus afluentes son los que mejores condiciones reúnen para la cría de la trucha común, debido principalmente a la temperatura, transparencia y cantidad de oxígeno de sus aguas, así como la rapidez y fondo pedregoso de su alveo.

Otro tanto podemos decir del Manzanares, en el cual el área de dispersión de la trucha se extiende desde el nacimiento del río, poco antes de Manzanares el Real, coincidiendo, como es lógico, con la mayor cantidad de oxígeno, pues aunque en esta corriente existe algún punto con mayor volumen, tal zona no puede adscribirse, toda vez que se encuentra dividida por una anomalía tan acusada como el embalse de Santillana.

El Servicio Forestal de la Diputación, bajo la atenta mirada del señor Muñoz Mateos y del Ingeniero señor Cancio, viene ya cuajando lo que antes era proyecto. Las obras, como indicábamos, de la piscifactoría, destinada al cultivo de truchas en Santa María de la Alameda, están a punto de concluirse. Esta piscifactoría reúne un gran interés, puesto que ser-

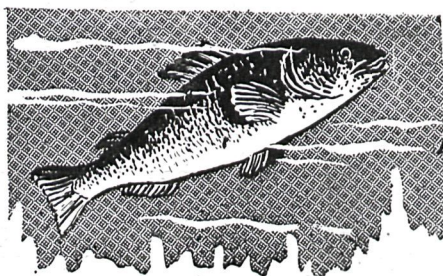
virá para repoblar las partes altas de los ríos Alberche y Guadarrama.

Pero no llegan hasta ahí los proyectos y las realizaciones. Aparte del Vivero Forestal de Arganda del Rey, destinado al cultivo del lucio y carpa —aguas más cálidas y cursos de menos pendiente—, se tiene en estudio la utilización de los estanques que existen en el Monasterio de El Paular, para intensificar por esta zona la producción de truchas, volviéndose a utilizar, una vez modernizadas las instalaciones, hoy sumamente antiguas. De este proyecto, repetimos, aún no se ha llegado a una conclusión, pero —según información que recogemos de las oficinas correspondientes— se espera una solución satisfactoria, dado el agrado con que fué recibida esta idea por la Comunidad de El Paular y el interés que por los problemas piscícolas tiene la actual Corporación Provincial.

Y otro dato, que es una muestra más de esta preocupación en resolver tales problemas por la Diputación Provincial: en la Escuela de Capataces Forestales, que la Corporación sostiene en estrecha colaboración con la Dirección General de Coordinación, Crédito y Capacitación Agraria, y a propuesta del Diputado señor Muñoz Mateos, se da especial importancia a la preparación del personal piscícola subalterno, tanto desde el punto de vista de guardería y vigilancia como en el de los conocimientos técnicos adecuados.

El edificio destinado a piscifactoría en Santa María de la Alameda, de nueva planta, es de bellas líneas arquitectónicas y reúne todos los adelantos técnicos que en esta materia se pueden cifrar. El Servicio Forestal de la Diputación no ha regateado esfuerzo alguno en dotar de tales elementos a esta piscifactoría, que no desmerece en absoluto de las enclavadas y emplazadas en otros lugares de nuestra Península. Un esfuerzo que, como decíamos al principio, merece el aplauso de todos, porque al instalar esta piscifactoría, la provincia de Madrid enriquecerá sus ríos de tan sabrosos y exquisitos salmónidos.

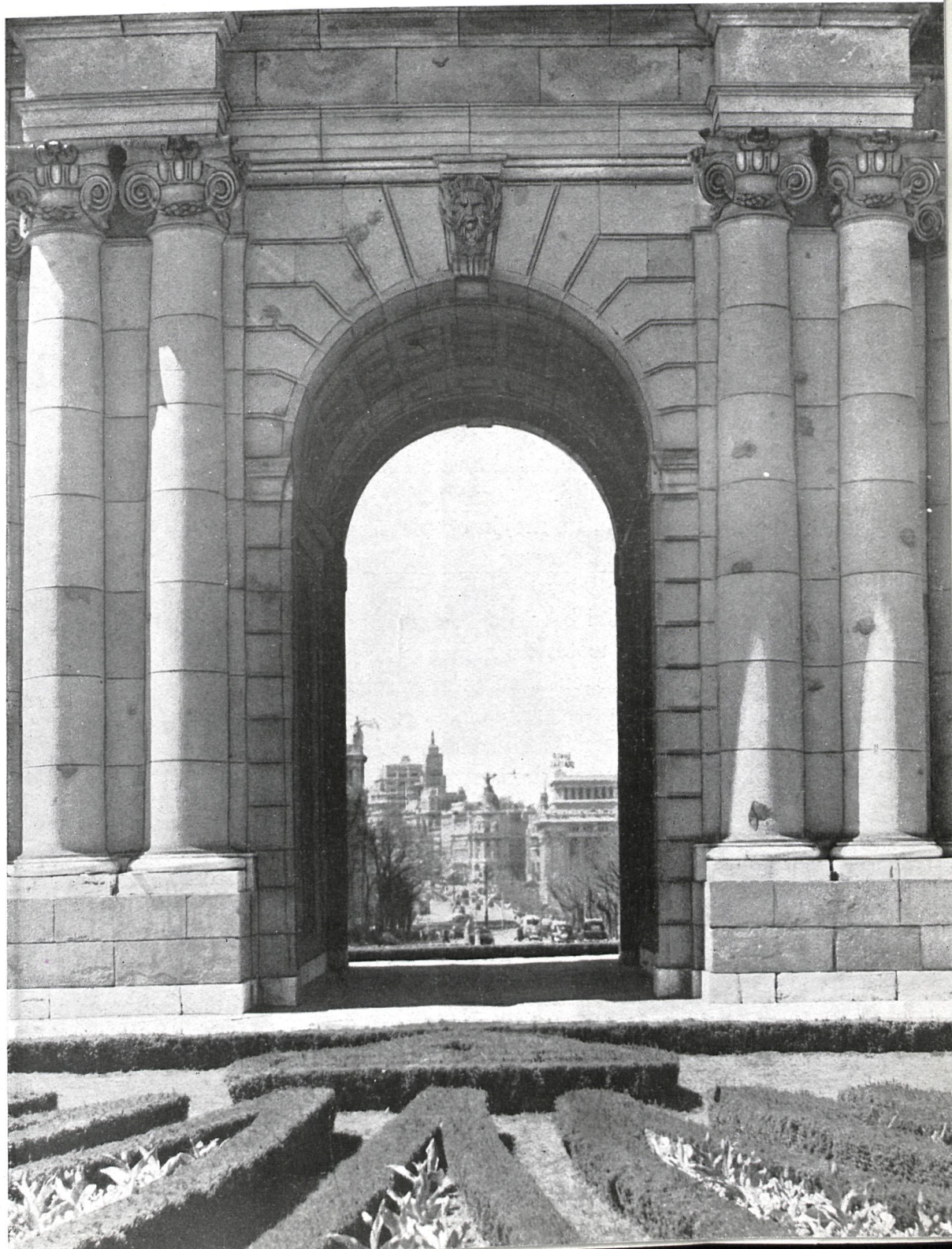
J. C. C.



# Y EL CINTURON APRETANDO...

Después de cerrar nuestra Revista hemos recibido un artículo del Cronista de la Provincia, ilustre escritor e insigne periodista, don Víctor de la Serna. Aunque este trabajo podía esperar a la publicación del próximo número, ya que el tema que trata en él siempre tiene actualidad, preferimos, en beneficio de nuestros lectores, no aplazar su inserción en CISNEROS, y rendir a firma tan destacada, al autor de tantas y tan bellas páginas, el homenaje de una publicación extraordinaria, no incluida dentro del sumario de la Revista.

**M**ADRID —se ha dicho muchas veces— es hijo de la voluntad de toda España. Pero es, todavía más, hijo de la presión de ese cinturón agrario y serrano que está constituido por la que fué llamada, como entidad geográfica, «Tierra de Madrid». Era algo menos grande que lo que es actualmente la provincia y, para serlo, se enriqueció con retazos de Guadalajara, de Segovia, de Avila y de



Toledo ; el cual Toledo, a cambio de cedernos la joya de Aranjuez, arrancó de las entrañas madrileñas a Borox, patria del valiente caballero don Domingo Ortega, Casa Rubios, Métrida (¡buen vino!), Seseña, La Torre de Esteban Ambrán (y no Hambrán como incorrectamente se escribe ahora), Esquivias (solar de doña Catalina Salazar, cuyas viñas cría hoy el Conde de Benavente) y Ugena («Ugenita Ugenita—con cuatro torres—y por eso te llaman—«engaña-pobres»).

Dulce, más tenaz, es la presión paleta sobre Madrid. Tanto, que Madrid, Corte durante siglos, ciudad, hoy, una de las más bellas de Europa, no renuncia a dejar de ser la Dulcinea de España, pero tampoco renuncia a su gracejo de Aldonza, un poco selvático y áspero, como el sabor de las endrinas del Puerto de Malagón.

Y lo que más le gusta a Madrid es ser gran señora cortesana a fuerza de haber sido campesina y pastoril. Entre las bravas serranas del Arcipreste —que anduvo de bureo por la Fuenfría—, las sofisticadas pastoras del Marqués —que «razziaba» amores ágrestes desde su nido de Buitrago— y las *laberínticas* damas de Juan de Mena —que murió en Torrelaguna—, está un poco configurada el alma de Madrid. (Por cierto que al pobre Juan de Mena lo sepultaron, tan excelso poeta como era, debajo de este adefesio: «Patria feliz, dicha buena—escondrijo de la muerte—aquí le cupo la suerte—al poeta Juan de Mena.»)

A Madrid le sale cualquiera de las tres facetas de su personalidad por donde menos se piensa. De pronto, un mojón en plena plaza de la Independencia acusa su condición pastoril: «Cañada Real de 90 varas». De pronto, en un rincón apacible del barrio de Salamanca, entre Embajadas y palacetes de nobles y de banqueros, unas monjitas cultivan unas berzas y hay una noria con un borriquillo sacando agua. O, de pronto, también, entre los parterres cuajados de miosotis, se desliza el «Rolls» de la Duquesa de Alba, raceado como un corcel inglés: se diría que en vez de gasolina consume agua de lavanda.

Por no se sabe qué cosas que el genio tiene, el genio de este pueblo se concentra los domingos en la cita de un gran paleta: Goya, que junta en su sala del Museo del Prado al soldado, y a la niñera (que han sido pastores o han sido labriegos), y al Grande de España o al Académico, que entienden por igual —unos sa-

biendo por qué y otros (¡Dios los bendiga!) sin saberlo— al brujo que, sin ser madrileño, interpretó como nadie el alma inocente, primitiva y compleja a la vez de este pueblo sin par.

Hasta la aristocracia de esta ciudad (que conserva coquetamente su título de Villa) es un poco del cinturón campestre. Pocas ciudades del mundo han sido rodeadas de un cintillo de quintas más amenas, más brillantes e incluso literariamente más universales que Madrid. La Alameda, El Plantío, la Moncloa, Boadilla, la Zarzuela, la Quinta del Pardo, Migas Calientes, la Fuente del Berro... Parece como si a la aristocracia y a la realeza les gustara discretear con los intelectuales y con los artistas, con Madrid al fondo, recortado y solemne, como le gustaba verle —y pintarle— a «don Paco el de los Terros» desde su «Quinta del Sordo», que conocieron —y dejaron perder increíblemente— nuestros padres.

Todavía algunos de los Sotos famosos, como el de Algete y el de Aldovea, brillan alguna noche, de cuando en cuando, como un ascua de oro. Y en «La Pesadilla», el viejo Marqués de Jura Real marchaba hace poco a caballo detrás de sus tractores, como un príncipe que introduce en la Historia a un ser nuevo y le escolta paternalmente para que no tropiece.

Madrid tiene su gran corona de paletos. Tres mejores no pueden encontrarse: Cervantes, que vino de Alcalá y vivió en Esquivias; Cisneros, que vino de Torrelaguna, y don Ventura Rodríguez, que era de Ciempozuelos, donde tiene una estatua: la única, él que es a Madrid lo que Shinkel a Berlín, o lo que Thorwaldsen a Copenhague, o lo que el Bernini a Roma.

A Madrid llega cada día un paleta con el bastón de mariscal en la mochila.

Así llegó un día un sevillano. Así un mozo de mulas aragonés. Así llegaron unos montañeses. Y de esas llegadas a Madrid, unos nombres que suenan en el mundo como trompetas celestes atruenan los cielos de la fama:

Velázquez, Cervantes, Quevedo, Goya, Lope, Calderón y Tirso.

Estos nombres identifican España entre los tres países que en Europa han tenido que hacer y que en el mundo han arado las edades. Poned tres nombres cualesquiera: España, de que Madrid es capital, estará entre ellos.

Y el cinturón apretando...

VÍCTOR DE LA SERNA

## MEDALLONES DEL VIEJO MADRID

LA vida galante del insigne autor de *Fuenteovejuna* y *El anzuelo de Fenisa* está colmada de múltiples pasiones femeninas. Cuatro fueron las mujeres que le ofrecieron las mieles de sus labios y los secretos de su corazón, y cuyos nombres, en la vida real, eran los de Marta de Nevares, Micaela de Luján, Isabel de Urbina y Elena Ossorio, y a las que el poeta, siguiendo la tradición de la época, aplicó los poéticos de Amarilis o María Leonarda, Camila Lucinda, Belisa o Filis y Dorotea, respectivamente.

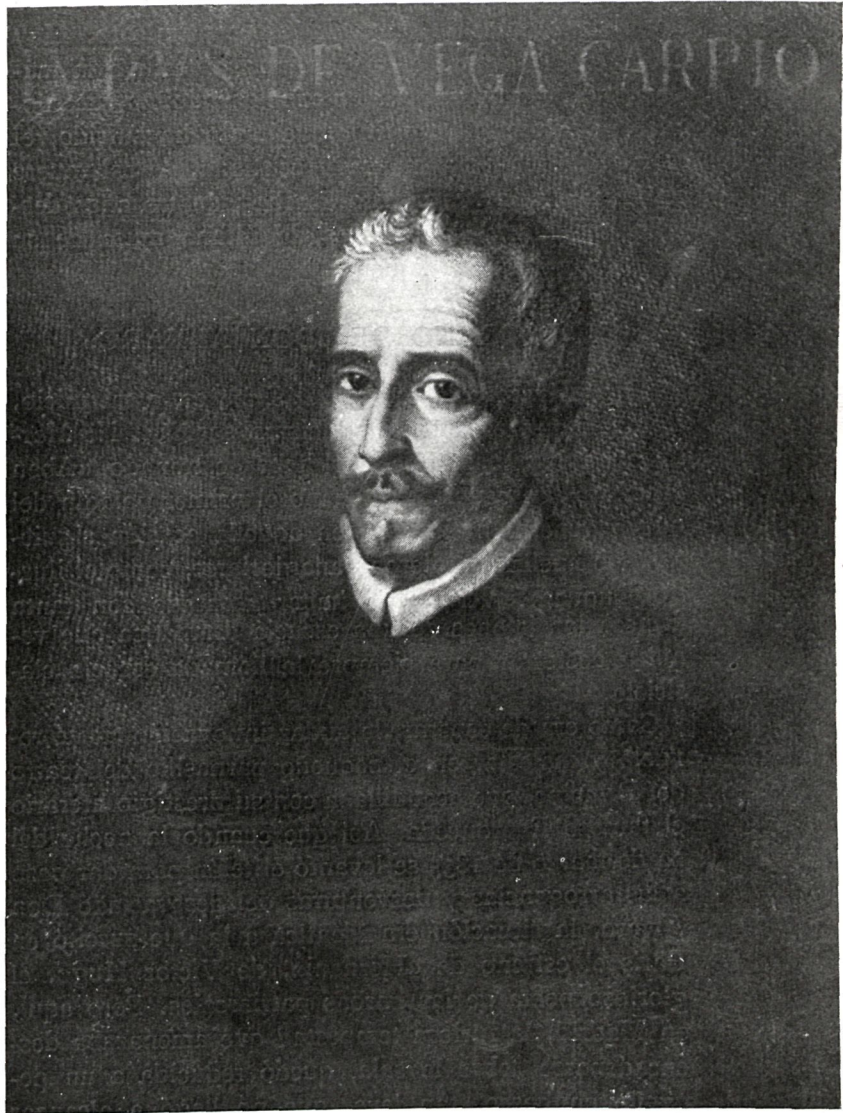
Tales amoríos le hicieron padre de numerosos hijos naturales, legítimos o atribuidos a un segundo progenitor, pues el Fénix, grande en todo, no tuvo escrúpulo en endosar a los demás el fruto de sus amorosos devaneos. Cincuenta años tenía Lope cuando conoció a Marta de Nevares, garrida moza madrileña, casada a los trece años con un burdo mercader llamado Roque Hernández, a quien Lope, no contento con quitarle la mujer, fustigó después de muerto con la burla de sus epigramas. Dieciséis años duraron estos amores, que fueron los que epilogaron la vida galante de Lope. Durante ellos, nuestro poeta gozó de las delicias de una verdadera pasión y de las inquietudes propias de todo amante. Alguien ha dicho que el amor es toda la vida de Lope, y puede que no le falta razón. El mismo ha descrito así las travesuras de Cupido, y el soneto, magistral como suyo, tiene caracteres autobiográficos:

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
áspero, tierno, liberal, esquivo,  
alentado, mortal, difunto, vivo,  
leal, traidor, cobarde y animoso.*

*No hallar, fuera del bien, fuerza y reposo ;  
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,  
enojado, valiente, fugitivo,  
satisfecho, ofendido, receloso.*

*Huir el rostro al claro desengaño,  
beber veneno por licor suave,  
olvidar el provecho, amar el daño ;  
creer que un cielo en un infierno cabe ;*

## LOS AMORES DE LOPE DE VEGA



*dar la vida y el alma a un desengaño :  
esto es amor. ¡ Quien lo probó lo sabe !*

Dios puso a prueba el temple cristiano de Lope haciéndole pasar por tres vía crucis de verdadera amargura : la deserción del hogar paterno de su hija

Antonia Clara, habida en sus amores con Marta de Nevares, y que huyó, como en las comedias de capa y espada que escribía su padre, en brazos de un apuesto galán; la prematura muerte de Lope Félix, hijo de Micaela de Luján, que luego de tomar parte en la Junta Poética celebrada en Madrid el año 1620, con motivo de la Canonización de San Isidro Labrador —el mozo había heredado la vena poética de su progenitor—, embarcóse con rumbo a Venezuela, perdiendo en tal aventura una vida que se le presentaba próspera y halagüeña. Y, por último, la decisión de Marta de San Félix —también sangre del poeta— de ofrendar su radiante juventud en los altares del Señor. Tamañas desventuras, unidas al peso de los años, produjeron en el espíritu decididor y aventurero del Fénix de los Ingenios españoles las hondas crisis naturales consecutivas a tales desengaños, buscando en sus dos más grandes devociones —San Isidro Labrador y la Santísima Virgen María— un casto lenitivo para sus dolores.

Y llega el año de gracia de 1614. En el reloj de Lope ha sonado la hora del arrepentimiento. Hay que prepararse para el viaje eterno y vestir a la materia, que tanto ha pecado, con los hábitos sacerdotales, y ofrecer al espíritu, que tanto ha sufrido, el regalo de una vida mansa y cristiana. Y así muere en Madrid el 27 de agosto de 1635, cuatro años después que Marta de Nevares, la última musa de su Parnaso particular. Amén.

#### EL ESTRENO DE «DON ALVARO»

«Don Alvaro o la fuerza del sino» es, a mi juicio, el drama prócer del romanticismo español. Ni Martínez de la Rosa, que por haber estrenado «Aben Humeya», se consideraba como el primer paladín del nuevo género, ni los que en aquella ocasión siguieron sus huellas, pudieron vanagloriarse, como el ilustre Duque de Rivas, de haber asentado con tanta firmeza los jalones de una escuela dramática que venía a desterrar para siempre la llamada escuela clasicista.

Como era de esperar, la audaz innovación causó revuelo y malestar en el pequeño parnasillo del teatro del Príncipe, que acaudillaba con su prestigio literario el famoso Espronceda. Así que cuando la noche del 22 de marzo de 1835 se levantó el telón para dar paso a las arrogancias y desventuras del desgraciado Don Alvaro, la situación era idéntica a la que suscitó en París el estreno de «Hernani», de Víctor Hugo, el glorioso poeta de las barbas patriarcales. Pero aquí, en Madrid, la furiosa tempestad que amenazaba desencadenarse sobre la sala, quedó reducida a un pequeño chubasco, tan leve, que no llegó a alcanzar los caracteres tumultuosos que se temían.

En Madrid, la crítica que comentó el estreno de «Don Alvaro» siguió el ejemplo del público: ni la ensalzó con entusiasmo ni la hundió por completo. Ninguno de los dos había podido digerir una obra que, como antes decíamos, era demasiado original y demasiado revolucionaria en cuanto a técnica y versificación.



«Casa de Lope de Vega» en la actual calle de Cervantes (Madrid).

El día 29 de marzo desapareció del cartel, volviéndose a representar los días 2, 3 y 4 de abril, desde cuya fecha hizo un mutis bastante prolongado, para reaparecer, algún tiempo después, pujante y avasalladora, cuando el público, dándose cuenta al fin de las bellezas de la obra, de la maravillosa versificación y de la novedad y valentía del asunto, la consagró como una joya de la literatura dramática.

A la reacción del público siguió la de los escritores de aquella época, que dieron a la escena otros dramas románticos, tales como «El Trovador», de García Gutiérrez, estrenado el 1.º de marzo de 1836; «Los amantes de Teruel», de Hartzenbusch, el 19 de enero de 1837, y «El zapatero y el rey», de Zorrilla, el 14 de marzo de 1840; representadas todas ellas, lo mismo que «Don Alvaro», en el mencionado teatro del Príncipe.

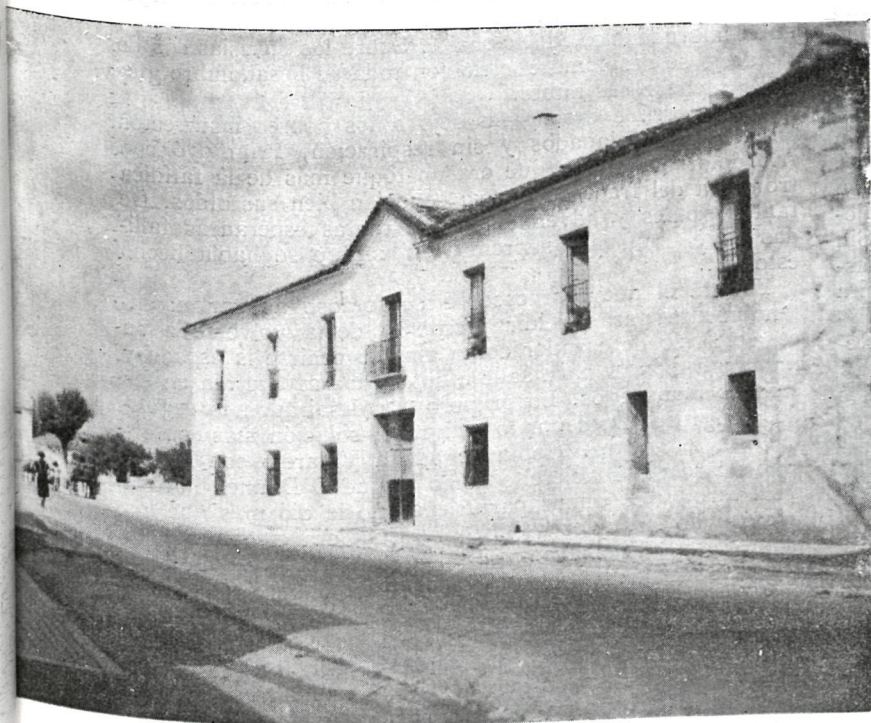
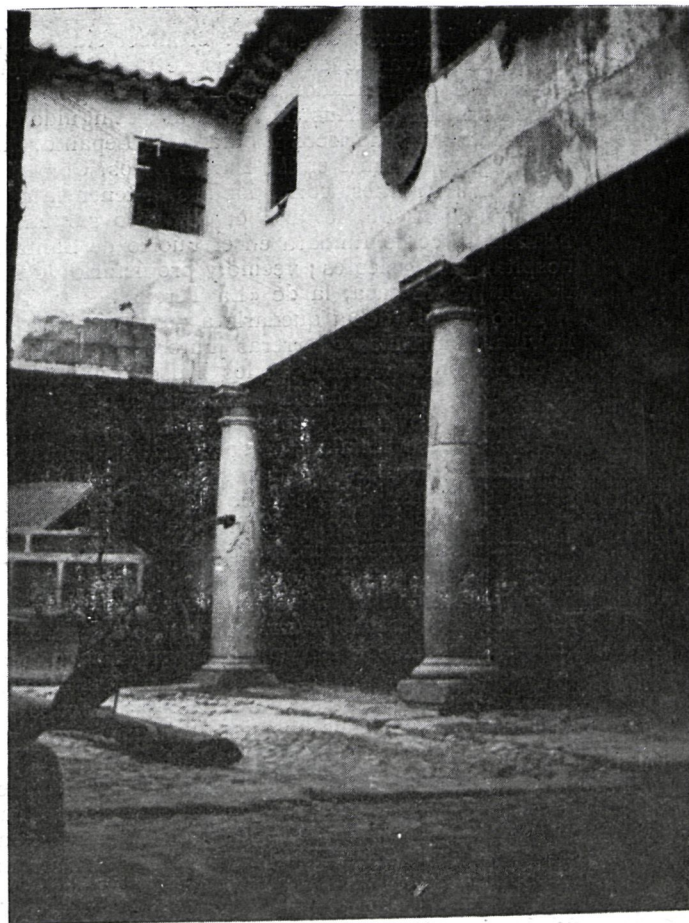
Del papel de Don Alvaro encargóse, la noche del estreno, el actor don José García Luna, y del de Doña Leonor, la actriz Concepción Rodríguez, y los otros dos papeles dramáticos que siguen en importancia a los anteriores, como son los de Don Carlos y Don Alfonso, estuvieron a cargo de don Florencio Romea y don Julián Romea, respectivamente. La insigne Matilde Díez encarnó el personaje de Preciosilla, la gitana que pone una nota de color y alegría en la trágica obra del Duque de Rivas.

El fraile Melitón fué encarnado por un actor cómico muy celebrado en aquella época: don Antonio de Guzmán. Y también otros actores que habían de cosechar, años después, sendos laureles en la escena española, tales como Juan Lombía y Mariano Fernández, desempeñaron papeles inferiores a su categoría. Hoy, que el teatro en verso está en plena decadencia, resucitamos esta lejana efémerides, para satisfacer la noble curiosidad del que nos leyere.

EMILIO REVERTE ALONSO

*En el pequeño patio de columnas se amontonan trastos heterogéneos, aperos y útiles de labranza.*

*Las líneas arquitectónicas de la fachada son de lo más sencillo y clásico, casi de aspecto cuartelero.*



## NOBLES CASAS OLVIDADAS

### La de "La Tercia", en Villarejo de Salvanes

**O**TROS tres monumentos tiene Villarejo, además del que ocupa lugar de personaje en esta crónica: el solitario torreón del que fué castillo de las Ordenes Militares, la iglesia parroquial de San Andrés y el convento de San Francisco. Pudiera bien decirse que ellos acaparan la atención, no mucha, de los escasos turistas y curiosos que, de vez en cuando, hacen alto de buen gusto en la tranquila villa, pues son muy pocos, efectivamente, quienes se dignan echar siquiera una ojeada a la que, aún hoy día, es conocida por el evocador nombre de «Casa de la Tercia». Este olvido, estoy seguro, es para ella más desconsolador que las injurias causadas por tiempo y humanos en el agrietado y mutilado castillo frontero, ruinoso y exhibiendo la única torre que le queda, pero atractivo a la mirada del ojo de personas y máquinas fotográficas.

La Casa en cuestión bien merece ser tenida también en cuenta por quien llegue a visitar Villarejo, sin ser una edificación monumental o escenario histórico de primera fila.

Alzase junto a la carretera, a la salida del pueblo, y recuerda por su nombre a los tercios de Flandes. Y es que la época más brillante de la breve historia de la villa es aquella en que Flandes y Lepanto resonaban en todas las grandes capitales europeas. El convento se erige en memoria de la gloriosa batalla, el año 1575, a los cuatro escasos del combate; en él se veneraba y venera, bien que rechecha tras su destrucción, la imagen de Nuestra Señora de la Victoria de Lepanto, Patrona de Villarejo, donada por el Pontífice Pío V.

¿Por qué esta vinculación del pueblito madrileño a nombres tan lejanos e impregnados de glorioso historial

Europeo? La razón es simple: el haber sido vecino de Villarejo de Salvanés, en los días de Felipe II, don Luis de Requeséns, Comendador Mayor de Santiago, Lugarteniente de don Juan de Austria, General distinguido en las guerras contra los moriscos y batalla de Lepanto, hábil diplomático y gobernante en los Países Bajos. Comendador Mayor de las Ordenes, correspóndele la tenencia del castillo; soldado de la Fe, levanta el convento santuario de San Francisco, como fundara en el Puerto de Santa María un hospital para galeotes; vecino y propietario de tierras, edifica su propia casa, la de «La Tercia».

Poco tiempo debía quedarle a don Luis para habitar en la villa. Campañas guerreras junto a don Juan de Austria y ocupaciones políticas en los Países Bajos se lo impidieron; en Bruselas halló la muerte en 1576, al año de su fundación conventual en Villarejo. Pero la «Casa de La Tercia» sábase tenía bien aposentada y repletos de muebles, armas, tapices y cuadros sus salones, saletas, corredores y pequeño clásico patio de columnas; que era costumbre de los tiempos encubrir tras sencilla fábrica exterior grandes riquezas interiores. Fué aquella la gran época de la villa y de la Casa.

Cuando esta última vuelve a surgir en la Historia, todo ha cambiado, escena y escenario. Flandes no existía como tal y mucho menos era posesión española; sólo algún vecino ilustrado de Villarejo sabría lo que significó aquel nombre y el de Lepanto. En Madrid no ocupan el Trono los Austrias, sino sus enemigos los Borbones, y hasta la corona se tambalea sobre la cabeza de su reina Isabel II. La Casa no la goza un mayorazgo descendiente de don Luis, ni siquiera un segundón, ni aún un familiar o hijodalgo, sino un simple aldeano, villano aunque ricacho. Sin embargo, sigue en el altar del convento la Patrona, Nuestra Señora de la Victoria, montada sobre peana que imita un esquife que nunca verá el mar (1), y sigue en pie y llevando el nombre de «La Tercia», la casa que fué de Requeséns. Son los primeros y fríos días del año 1866. En Villarejo han de concentrarse los regimientos sublevados que vienen de Aranjuez para ponerse bajo el mando de Prim, Miláns del Bosch y Pavía, y los que se espera procedentes de Alcalá. Estos no llegan, ni se sublevarán los que debían hacerlo en Madrid. Todo es ir y venir en la «Casa de la Tercia», donde los cabecillas se alojaron entre gritos de «Prim» y «Libertad».

Galdós, en sus «Episodios Nacionales», inmortaliza aquellos tres días que duró el aborto del movimiento de Villarejo, aborto que trajo, a la postre, el triunfo de la revolución del 68:

«De madrugada llegó a Villarejo, por el lado de Arganda, un coche ligero de los que llaman «góndolas». En la puerta de una casa de buen aspecto, propiedad de un acomodado labrador de la villa, descendieron cinco caballeros vestidos de cazadores; eran Prim, Miláns del Bosch, Pavía y Alburquerque, Monteverde y Carlos Rubio. De este último se duda que fuera vestido de cazador, como dice la Historia... Prim, sobre las prendas venatorias, llevaba un gabán con el cuello levantado: se había constipado en el viaje y tiritaba de frío. Monteverde y Miláns del Bosch llevaban capotes de campo. En cuerpo gentil iba Pavía, insensible a la baja temperatura. Lo primero que preguntó el General al entrar en la casa fué si habían llegado los uniformes. Allí estaban desde mediodía, y no sólo llegaron los uniformes, sino algunos comisionados de comités de provincias, y mensajeros que traían interesantes avisos y comunicaciones...

Si Alicante y Valencia, como se anunciaba, respondían al movimiento el mismo día 3, apuradillo se vería el Gobierno para acudir a echar agua en tantos incendios. Llegaron asimismo en el curso de la noche paisanos catalanes, entre ellos uno muy arrogante y decidido, cabecilla de agitadores callejeros, a quien llamaban el «Noy de las barraquetas»... Nadie durmió aquella noche; nadie pudo eximirse del delirio expectante, del presumir y anticipar el suceso futuro, que todavía era un enigma. En las cabezas grandes y chicas ardían hogueras.

Desde el amanecer, la humilde Villarejo, comúnmente silenciosa y pacífica, parecía un campamento. «Calatrava»

y «Bailén», y la turbamulta de paisanos, fueron recibidos con gran estrépito de aclamaciones. Acto seguido, las improvisadas cantineras servían a los sublevados: el aguardiente del vecino Chinchón venía como llovido a confortar los ateridos cuerpos y a encender en las cabezas los sentimientos más patrióticos. Un vértigo de organización corría de un lado a otro, y las órdenes restallaban a lo largo de las calles villanescas como las tracas de la fiesta valenciana...

Pavía no se dejó ver en la calle, atento al estado de ánimo del General, que a las seis de la madrugada extrañaba no haber recibido aviso de hallarse en marcha los sublevados de Alcalá; a las ocho comenzó a sentir inquietud, y a las diez, impulsos de montar a caballo para salirles al encuentro. En el pueblo corría la voz de que los de Alcalá estaban ya en Pozuelo del Rey; pero ¿quién había traído la noticia? Los pájaros, el deseo tal vez...

En estas ansiedades estaban los más allegados a Prim, cuando llegó a Villarejo, reventando el caballo, un capitán llamado don Bernardo del Amo, con la tristísima nueva de que las fuerzas de Alcalá «no habían podido salir», y que las de Madrid «se quedaban en sus cuarteles» esperando mejor ocasión... En Madrid, según indicó Del Amo, hubo imprudencias, delaciones... Sobre los entusiasmos de Villarejo se desplomó el cielo con toda su pesadumbre glacial de tenebrosas nubes.

Si el horrible desengaño dejó a los pobres insurrectos enteramente aplanados y sin respiración, Prim oyó con frío dolor la noticia, que era un toque más de la fatídica trompeta del fracaso, que ya conocían bien sus oídos. De tantos golpes y adversidades, de tantas esperanzas fallidas en el momento supremo, el hombre se había hecho estoico...

Y ante el nuevo fracaso, érale forzoso aguzar su entendimiento para decidir pronto si debía volverse a su casa vestido de cazador como vino, o ceñirse la espada y montar a caballo para salir a una fugaz aventurilla en los campos manchegos. Lo primero era desairado; lo segundo, peligroso. Optó por lo peligroso, solución más conforme con su altivez. Había llegado a Villarejo con la ilusión de reunir un ejército como el que O'Donnell llevó a Vicálvaro, y el «mons parturiens» no le dió más que los húsares de Aranjuez y Ocaña. ¿Cuál era el contingente efectivo de «Calatrava» y «Bailén»? Pavía le dió la cifra exacta: seiscientos ochenta y cuatro hombres.

Pues con sus seiscientos ochenta y cuatro jinetes y la irregular cuadrilla de paisanos armados, se sostendría en campaña todo el tiempo que pudiese. Corría el riesgo de ser acosado por tropas que O'Donnell mandara en su persecución. ¿Pero no podría sobrevenir algo feliz entre tantas adversidades?... Quizás el alzamiento, que tan torcido nació en Villarejo, podría enderezarse, cobrar aliento y vida... Adelante, pues, y Dios diría. Decidido a probar fortuna y sin oír otra voz que la de su esforzado corazón, salió Prim al campo; arengó a los húsares, que le respondieron con vítores ardientes, y quedó dispuesto que se dedicara la noche al descanso, pues tenían por delante grandes fatigas y privaciones.

En las primeras horas de la mañana del 4, con un frío casi glacial, salió de Villarejo la tropa sublevada.»

\* \* \*

Las líneas arquitectónicas de la fachada, de dos pisos, son de lo más sencillo y clásico, casi de aspecto cuartelero. Más larga que alta, dividida en el centro por un estrecho cuerpo enmarcado por pequeños pilares de piedra y, por remate, un tejadillo en forma de triangular frontón. En este cuerpo se encuentra la puerta, cuadrada, sobre ella un balcón, de barandilla volada, y sobre el balcón un escudete. Es todo el adorno de la Casa. En los cuerpos laterales se abren seis huecos de balcones, con barandilla remetida, en la segunda planta, y otros tantos de ventanas enrejadas, en la baja. El interior ha perdido todo carácter palaciano. En el pequeño patio de columnas se amontonan trastos heterogéneos, aperos y útiles de labranza.

Tal fué y es la llamada «Casa de la Tercia», de limitada y pequeña historia dentro del marco modesto de la villa, pero merecedora de unos momentos de atención de quienes visiten Villarejo de Salvanés.

A. Q. R.

(1) Destruída la imagen (salvo el Niño) durante la guerra, ha sido reconstruída con más fervor que mérito artístico.